

## Andanías y formas de encantamiento pacíficas

*Las culturas fluviales del encantamiento.*

*Memorias y presencias del Pacífico colombiano*

ALFREDO VANÍN

Editorial Universidad del Cauca, Popayán, 2017, 275 pp.

DESEO INICIAR esta reseña desde la portada de este singular libro de misceláneas literarias del poeta afrocaucano Alfredo Vanín. Se trata de una imagen de Adolfo Albán, titulada *Andanías*, la cual alude a una serie de trazos misteriosos que navegan por el cosmos. De eso se trata este trabajo, de andanías, es decir, de recorridos diversos por el litoral pacífico y por la palabra poética que transita los territorios del Pacífico colombiano mostrándonos la geografía natural y humana que poco se conoce en el interior del país. Resaltemos que es muy loable la labor de las editoriales universitarias regionales de Colombia que reúne tanto las publicaciones de investigadores de cada claustro como los aportes de otros académicos o, en este caso, de escritores que suelen encontrar acogida para sus notables textos en sellos como la Universidad de Antioquia, Eafit, la Universidad del Valle, la Universidad Santiago de Cali, la Universidad del Norte de Barranquilla, la UPTC de Tunja, el Instituto Caro y Cuervo y muchos otros, los que en los últimos años hemos venido reseñando.

Comencemos hablando del autor. Alfredo Vanín nació en el río Saija, cerca de Timbiquí (Cauca) en 1950. Es poeta, narrador, investigador, etnográfico, docente y asesor cultural. Sin embargo, también podríamos llamarlo narrador, decimero, verseador oral, músico de tambor y marimba, poeta y novelista de la literatura escrita, en la senda de copleros como Jacinto Mena, Margarita Campaz y tantos otros. Al detenernos en esta descripción podemos emparentar a este intelectual afrocolombiano con grandes poetas y pensadores como Manuel Zapata Olivella y Helcías Martán Góngora, de quienes se conmemoró en 2020

el centenario de su nacimiento. Así como de Payán Archer, Óscar Collazos, Carlos Arturo Truque, Arnoldo Palacios y Rogerio Velásquez, todos ellos integrantes del núcleo de la revista *Espiral* de Clemente Airó desde los años cuarenta. La prolífica obra de Vanín es testimonio vivo de los pueblos del litoral pacífico. En uno de sus poemas, tomado de *Cimarrón en la lluvia y jornadas del Tahúrl* captamos esa voz potente y colectiva:

Los ríos

Tu pueblo con sus ríos de barro nos acerca a la edad de los trompos y las canoas mutiladas.

Ancianos que lloraron su guerra anterior

a ese río deslumbrante roto en el cauce de la cruz del sur soñando con las altas mujeres que tenían tu edad cuando la ola.

(p. 33)

El origen del libro surge de la vocación de Vanín por el pensamiento en litoral (así como Édouard Glissant hablaba del pensamiento antillano, de archipiélago) y se elaboró a lo largo de treinta años de recorrer el territorio, de escuchar, de conversar con sus gentes, de ser cantor y de estar presente en tantos encuentros y festivales, como el recordado primer festival del Currulao en Tumaco en 1987. Sus relatos son confluencia de tres dimensiones: la historia, la memoria y el mito. Vanín las llama tres mundos: “el mundo de aquí” (la historia), “el mundo de arriba” (los designios) y “el mundo de abajo” (de los maleficios). Su mayor virtud es asumir el territorio y la geografía del litoral como mítico y poético, “no basta con habitar y poblar un territorio: hay que seguir creándolo y esa es la tarea de la imaginación poética... en el Pacífico, se vive en eterno presente, un viaje cíclico del acontecer, como las migraciones por ciudades y ríos” (p. 47).

Emparentado con otro de los grandes libros sobre la cultura colombiana, *Historia doble de la costa* del maestro Orlando Fals Borda, Vanín hace su historia anfibia del litoral pacífico y nos entrega un testimonio invaluable sobre lenguajes, seres y espacios míticos. De hecho, en su presentación el mismo autor hace ese reconocimiento a Fals Borda y el epígrafe del libro es

de Glissant. No podríamos a nuestro pesar resumir los veintisiete textos que componen este memorable libro, que debería ser divulgado virtualmente y tener un gran tiraje. Este volumen debería estar en cada escuela de Colombia para que aprendamos más en la *geopoética* de nuestras culturas. El libro comienza en tiempos míticos y ese será realmente su tempo poético, la inmanencia, como omnipresencia del presente; no está hecho de evocaciones y nostalgias de mundos perdidos (aunque, por supuesto, da buena cuenta de las violencias, crueldades y masacres contra los nativos y luego contra los africanos esclavizados en el litoral pacífico desde el siglo XVI),

[...] todo lo que es y será vive en el monte. En él se guarda el poder, el secreto, la fuerza. Los espíritus más poderosos están allí, donde se conservan las plantas que curan o producen maleficios; donde los árboles y animales están dotados de sensaciones y sentimientos. El monte es el espacio inculto donde el poder del hombre es limitado, pero algunos pueden llegar a conjurarlo, para bien o para mal. En lengua de los eperera-siapidara, *jaipana* o *jaibaná*, el curandero, el mago, el chamán, el guía, significa “el invocador de los espíritus voladores”. *Jai*, espíritu y, labios; *pana*, pájaros. (p. 22)

Los viajes de Vanín por el litoral son de indios, de negros, de mestizos y de europeos, pero ante todo de fantasmas o, mejor, de los espíritus de la selva, muchos venidos desde la África inmemorial. Sus fuentes son los cronistas y los viejos archivos, pero fundamentalmente es el mito, la historia viva de los pueblos. El punto de llegada de la mirada poética del autor es lo que él llama el “encantamiento”, de allí el título del libro. Se trata, según él,

[...] de la única salida, la articulación del universo como una caja de resonancia cuyos enrevesados secretos poseen hilos conductores que solo la inteligencia y la paciencia permiten descubrir a través de personajes-espíritus que guardan la sabiduría, la vida feliz o la desgracia. (p. 27)

La escritura de Vanín es un diálogo con esos personajes-espíritus, como el Anancio, proveniente de Ghana, unas veces héroe, otras villano. Es un mosaico de historias sobre las formas de vida indígenas y afros, en lucha y en contraste con las colonizaciones europeas, pero a diferencia de libros más formalistas de antropólogos o historiadores, es un relato que pareciera ser oral en muchos momentos, en especial cuando se habla de las músicas y danzas del litoral, como una de las máximas expresiones de su cultura que tanto nos convoca a quienes admiramos y disfrutamos esos movimientos ancestrales:

[...] muchas danzas reviven la vida en los canalones y barracones de la esclavitud al igual que los rituales del enamoramiento y el trabajo cotidiano. Los instrumentos y ritmos del sur recuerdan los sonidos de la marea, la cadencia de las lluvias, cantos de pájaros y fugas desmesuradas en busca de la libertad o la reconcentración del espacio social interno, donde también se es libre, sometido a las leyes del grupo, que premia o castiga... en el norte los clarinetes, redoblantes y platillos sustituyen a la marimba, los cununos y los bombos. Los aires de la chirimía se llaman jota, contradanza, abozao, son chochoano, porro chochoano y otros. En la danza, como en toda representación teatral, el mundo nace y muere allí, lo externo y lo interno se compenetrán, la ficción y la realidad desvanecen sus fronteras, lo mismo que el ayer y el ahora. (p. 37)

Uno de los últimos textos se concentra en una lectura de la novela de Burgos Cantor, *La ceiba de la memoria*, y creemos que en estas palabras de Vanín sobrevuela el autorretrato de su obra como un zumbido de voces que renacen:

[...] la ceiba es para muchos pueblos africanos un árbol sagrado. Y es a partir de esa sombra lejana, de alguna manera alimentada por las palabras acuciosas del padre Sandoval, desde donde el Príncipe de la Matuna, el creador del nuevo territorio de libertad del Palenque, el gran Benkos Biohó, puede darle sentido moral y espacio a su nueva

personalidad, a la que recupera de la esclavización. (p. 236)

Al final del libro se incluye una entrevista con Vanín en la que nos manifiesta sus credos poéticos y su sintonía con los hombres y seres del pacífico:

[...] nací y crecí en un mundo acuático y vegetal, en un mundo de artesanos cuyos mayores puntos de referencia tenían que ver con el agua y con la selva, y con todo ese mundo fantástico de seres de agua y selva. Y para todo tenían una respuesta artesanal, un giro verbal... siempre me pregunté por qué un relato o un poema podía nombrar a París y no un pueblo negro del Pacífico. (p. 244)

Vanín consigue en este navío/libro juntar el Caribe con el Pacífico y proponernos una ruta de navegación anfibia para internarnos en la espesura de las mitologías ancestrales y cotidianas de los pueblos del Pacífico colombiano, a través del prisma poético de su autor. Mi única sugerencia para una futura reedición sería incluir al final un glosario que resuma esta magnífica erudición popular (no es un contrasentido) de Vanín.

Finalmente, nos gustaría proponer que se hiciera una ampliación de la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana de 2010 (diez volúmenes) par incluir este gran trabajo (Vanín hizo parte de esa compilación con su maravilloso libro de poesía *Cimarrón en la lluvia y jornadas del tahúr*), así como otros destacados autores, tanto recientes como clásicos, que merecen estar en esa gran iniciativa impulsada en su momento por el fallecido brillante escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor.

**Alberto Bejarano**